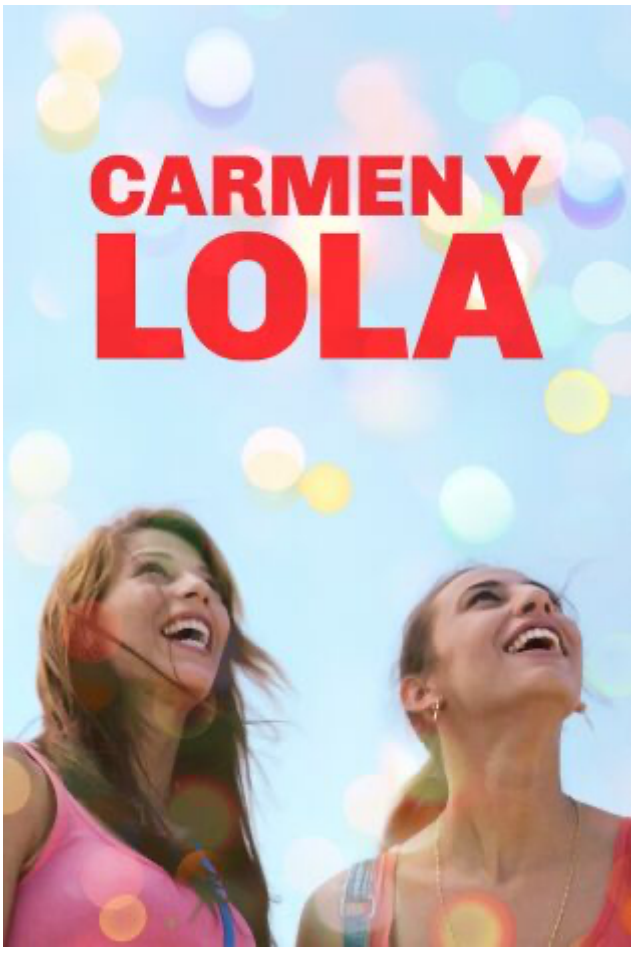
Clínica e Investigación Relacional
Revista electrónica de Psicoterapia
ISSN 1988-2939

CARMEN Y LOLA

Arantxa Echevarría

Reseña de

Adriana Gutiérrez



© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Carmen y Lola es una película dirigida por Arantxa Echevarría que se estrenó en el año 2018. Se trata de su ópera prima en el largometraje de ficción y tuvo una destacada trayectoria en festivales internacionales, entre ellos el de Cannes. En España, la película obtuvo un amplio reconocimiento, recibiendo dos premios Goya en 2019: a Mejor Dirección Novel para Echevarría y a Mejor Actriz de Reparto para Carolina Yuste, por su papel de Paqui.

Carmen y Lola destaca, entre otras cosas, por ser la primera película española que aborda abiertamente una relación lésbica dentro de la comunidad gitana. La historia surge del deseo de la directora de explorar el tema del primer amor, inspirada además por un hecho real: en 2009 tuvo lugar la primera boda entre dos mujeres gitanas, apenas cinco años después de la aprobación del matrimonio igualitario en España (2004). Aquel enlace se celebró de manera discreta y sin la presencia de las familias, un detalle que refleja la invisibilidad y las dificultades a las que se tuvieron que exponer.

Esta apuesta, tan valiente como necesaria, fue elogiada por visibilizar una realidad escasamente representada, pero también recibió críticas desde algunos sectores de la comunidad gitana, que consideraron que ofrecía una imagen parcial y negativa del colectivo, reforzando estereotipos vinculados al machismo y la homofobia. Personalmente, creo que en la película hay prejuicios que están y otros que se rompen. Esto se ve con los diferentes tipos de mujeres que aparecen, dando una mirada más amplia que un simple estereotipo. Arantxa Echevarría responde a esta crítica en una entrevista en *La script* y dice algo así como "no soy retratora social, soy una directora de cine" y lo compara con el reflejo de la sociedad que mostraría si hubiera hecho una película sobre violencia de género, en la que hubiera expuesto una realidad que no representa a toda la sociedad. Además, la película, pese a poner el foco en la comunidad gitana, habla de una historia más universal, habiendo muchos puntos comunes con otras comunidades cerradas, como puede ser la cristiana.

Casi la totalidad del reparto está formado por actores y actrices no profesionales y de etnia gitana, incluidas las protagonistas Zaira Romero, en el papel de Lola, y Rosy Rodríguez, como Carmen (la directora realizó hasta 900 entrevistas a adolescentes gitanas en el casting). Esta elección contribuye a crear un estilo naturalista, muy cercano al documental, que se puede apreciar en los diálogos y en las escenas en las que se refleja la tradición: el mercadillo, el culto, la pedida, la ropa... Este enfoque no solo aporta verosimilitud, sino que también invita al espectador a mirar sin filtros, a empatizar y a

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

participar de esa tensión entre pertenencia y libertad que está presente durante toda la película.

Arantxa Echevarría logra que la cámara se mueva dentro del mundo gitano con una naturalidad sorprendente, gracias a la confianza que la comunidad le brindó abriéndole sus puertas y a la mirada respetuosa de una paya sobre un mundo que no conoce de primera mano, pero al que consigue acercarse con dignidad y sensibilidad, sin caer en el exotismo ni en el juicio moral. La elección de actrices gitanas no profesionales refuerza esa autenticidad: los diálogos, especialmente los que transcurren en la cocina, están tan logrados que dan la impresión de que no hay cámaras delante, de que asistimos a fragmentos de la vida real.

La película encaja perfectamente en la temática del ciclo de cinefórum al que pertenece de *"Identidades en los márgenes de lo social: género y sexualidades"* porque más allá de ser una historia de amor- un *Romeo y Julieta actual,* dicho en palabras de la directora-, nos muestra cómo las identidades se construyen en relación con la familia, la comunidad y la cultura, y cómo el rechazo y la marginación marcan la subjetividad de quienes no encajan en el molde.

Carmen y Lola es la historia de dos jóvenes gitanas que se enamoran en un entorno profundamente marcado por el patriarcado, la tradición y la homofobia. Carmen, más conservadora y destinada al matrimonio y a la vida doméstica, se encuentra con Lola, una chica que sueña con estudiar, trabajar y vivir su sexualidad con libertad. Carmen encarna la represión y el miedo —miedo a nadar, a volar, a vivir y, en definitiva, a ser ella misma—. Lola, en cambio, busca otra manera de habitar el mundo, aunque todavía es incierto qué representa plenamente: quizás la apertura a lo nuevo, la posibilidad de imaginar otra vida.

La identidad de Carmen y Lola no surge en aislamiento: se va configurando en el encuentro entre ellas. El amor se convierte en un espacio donde pueden reconocerse y validarse. Desde el psicoanálisis relacional, podemos entender esa relación como la creación de un espacio transicional: un lugar intersubjetivo donde es posible experimentar y ensayar nuevas formas de ser.

La película está llena de símbolos. El arte aparece como vía de expresión y libertad, un lenguaje alternativo frente a la rigidez de la tradición. Los pájaros evocan el deseo de volar, de escapar de lo que oprime. El mar simboliza tanto miedo como posibilidad: para Carmen es el temor a lo desconocido, para Lola es apertura, un horizonte nuevo. Estos

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

símbolos pueden leerse clínicamente como metáforas del deseo y de la represión: lo que anhela salir al exterior y lo que es mantenido bajo llave por miedo al castigo del Otro. Aunque Carmen representa el miedo y la represión y Lola la esperanza, a lo largo de la película se ven grietas en las que estos roles se invierten: los pendientes de pájaros de Carmen (frente a las cruces de tradición cristiana de Lola) o la iniciativa de Carmen para dejar a su prometido y huir con Lola.

La comunidad gitana aparece en la película como ese 'gran Otro' que regula qué puede ser y qué no puede ser una persona, marcando los límites de lo aceptable dentro del grupo. El machismo se muestra con crudeza: la obligación de casarse, la sumisión femenina y la negación de los propios deseos. Todo esto se concentra simbólicamente en la escena en la que el padre de Lola le prohíbe ir a la excursión, negándole su autonomía y su deseo de explorar el mundo. En ese momento también asistimos a una pequeña rebelión de la madre, Flor, que intenta sostener a su hija, aunque su capacidad de cuestionarse es limitada. En esa misma escena aparece el hermano pequeño, quien, pese a su corta edad, ocupa un lugar de mayor poder que Lola —e incluso que su madre—, reflejando cómo las jerarquías de género se interiorizan desde muy temprano.

Cuando Flor descubre la relación entre Lola y Carmen, su reacción está atravesada por el conflicto: quiere a su hija, pero al mismo tiempo siente vergüenza. Su llanto expresa esa escisión interna entre el vínculo afectivo y el peso de los mandatos culturales que no logra abandonar. El padre, en cambio, no atraviesa ese proceso de cuestionamiento; su respuesta es inmediata y violenta, movida por la necesidad de reafirmar su autoridad. Respecto al padre, me parece curioso un detalle que comenta la directora en una entrevista en la que cuenta que algunos patriarcas gitanos serbios vieron la película y, valorándola como si fuera un documental, alabaron el papel del padre que se esfuerza porque su hija sea una buena gitana.

En la familia de Carmen el machismo se ve en diversas escenas también. Por ejemplo, en la conversación que tiene con su madre en la cocina cuando esta le explica cómo debe comportarse con su futura familia política y le recuerda que su deber es ser una buena esposa y cuidar al marido. Ahí se muestra con crudeza cómo el mandato de género se transmite de madre a hija, asegurando que la cadena de roles y desigualdades continúe.

Otro tema que atraviesa trasversalmente a la película es el racismo y la dificultad para formar parte en la sociedad de los payos. Carmen es rechazada como aprendiz en una peluquería por ser gitana. Aquí se ve la dificultad para encontrar su propio lugar, siendo rechazada en ambos mundos: en el gitano por su sexualidad y en el de los payos por ser

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

quien es. Esto ilustra cómo la identidad marginada no encuentra un lugar seguro: es vivir siempre en tierra de nadie. Me hace pensar en el rechazo que ha vivido la etnia gitana desde sus orígenes. Comentando la película con mi madre me dijo que el flamenco tiene su origen ligado al dolor, expresando a través de cánticos lo que se les prohibía hablar en su lengua. Pienso que, del mismo modo que el cante gitano nació del silencio impuesto, las protagonistas intentan cantar su propio deseo en medio del rechazo y la represión.

Frente a la dureza de las escenas comentadas, aparece Paqui, quien representa la comprensión, la esperanza, la presencia, la posibilidad de otro tipo de vínculo adulto. En contraste al rechazo de los padres, Paqui encarna la esperanza de que haya referentes que acompañen y validen. Paqui puede pensarse como ese "otro significativo", esa experiencia reparadora, que introduce un horizonte distinto, mostrando que la vida puede ser de otra manera. Paqui favorece espacios en los que aparece el cuestionamiento de lo que se da por sentado, como en la escena en la que Paqui va a visitar a Lola a su casa y Lola le dice: "las gitanas por no tener no tenemos ni sueños". Esto me conecta con mi práctica clínica y me lleva a pensar que ojalá pueda tener un lugar en la mente de mis pacientes parecido al que tiene Paqui en la mente de Lola.

Carmen y Lola nos habla de lo difícil y lo valiente que resulta habitar identidades que no encajan en el molde social. Desde la clínica, nos invita a pensar cómo el rechazo impacta en la subjetividad, pero también cómo el vínculo amoroso y la presencia de figuras comprensivas abren posibilidades de vida.

Esta película me ha llevado a preguntarme cuál es nuestra función como psicoterapeutas frente a identidades que habitan en estos márgenes, en especial en mi caso que trabajo con adolescentes que se encuentran también en estos lugares. Como terapeutas, cuando acompañamos a personas cuyas identidades se sitúan en los márgenes —ya sea por género, sexualidad o por su condición de inmigrantes— nos enfrentamos al reto de sostener subjetividades atravesadas por el desarraigo y el rechazo. Desde una perspectiva relacional, el trabajo clínico implica ofrecer un espacio donde esa ambivalencia pueda ser reconocida y simbolizada, validando tanto el dolor de la exclusión como la riqueza de habitar múltiples pertenencias. Pienso que la función del terapeuta no es normalizar ni adaptar al sujeto a un modelo único de identidad, sino acompañar en el proceso de dar sentido y coherencia a una experiencia vital marcada por el cruce de fronteras, visibles e invisibles.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es